

El Yo-Ser a propósito del autismo*

Héctor Garbarino**

Nosotros sostenemos que el niño adquiere su ser con el nacimiento, al percibir el desequilibrio narcisista que él comporta. Se constituye entonces la instancia del ser, previa a la formación del aparato psíquico, instancia que posee un régimen unidimensional, donde espacio y tiempo no están diferenciados (Meltzer, 5) y donde el ser es vivido sin límites, siendo expresión del ello ilimitado (Groddeck, 4).

La vinculación con la madre hará nacer un cuerpo en el seno del ser, cuerpo primero reducido a un ser de superficie, cuya proyección psíquica dará origen al yo corporal (Freud, 1).

El régimen unidimensional del ser ha cedido su lugar entonces al régimen bidimensional del yo corporal, la instancia del ser no es más ilimitada.

El llanto y el grito del niño son vividos entonces como expresión de este yo corporal, constituyendo meramente un acontecimiento fisiológico en los primerísimos momentos de la vida en el régimen unidimensional del ser, antes de la aparición del yo corporal.

El yo psíquico, inicialmente, se constituye únicamente en base a presentaciones. No hay todavía un espacio psíquico propio autónomo capaz de contener representaciones.

En el niño normal, el investimento narcisista de la madre se une al narcisismo del bebé en un movimiento sincrónico y centrípeto, dando lugar a las identificaciones primarias. Finalmente, el cuerpo se cierra sobre sí mismo, adquiriendo volumen y con él

* Este trabajo surgió de un grupo de discusión, coordinado por mí sobre autismo, con materiales de niños autistas del Centro 231. El grupo está constituido por Jacqueline Bister, Nahir Bonifacino, Alicia Cattivelli, Ariadna Cheroni, Mabel Marichal, María Nilson, María José Oribe, Ana Rumi, Carmen Souto, Berta Varela y Rosa Zitner.

** Br. Artigas 1339, C.P. 11200. Montevideo

la tercera dimensión, siendo entonces capaz de ser habitado por representaciones. Las experiencias repetidas de presencia-ausencia del pecho, harán surgir una discontinuidad que se opondrá a la continuidad de las sensaciones corporales (Freud, 2), estableciéndose la distinción entre un adentro y un afuera. Se constituye entonces un yo y un otro, y la simbolización de la ausencia dará origen a la palabra, como mostró Freud (1) en el juego del carretel, en un niño de un año y medio.

Las relaciones entre el yo y el ser, en el niño normal, serán entonces relaciones marcadas por la simbolización, con la característica de que el desarrollo del yo irá progresivamente subsumiendo al ser, que quedará finalmente como una instancia potencial en el aparato psíquico.

Los niños autistas, debido a la grave detención de su desarrollo (Tustin, 6), constituyen una situación privilegiada para estudiar las relaciones iniciales del yo psíquico incipiente con la instancia del ser. En ellos el psiquismo -desprovisto de identificaciones primarias interhumanas, por déficit en la vinculación niño-madre- tuvo con su narcisismo el universo. Llamamos yo-ser a la formación resultante, en el autismo, del encuentro del yo psíquico originario con el narcisismo de la instancia del ser, originando una figura bidimensional, no limitada., que aún no ha diferenciado un sí mismo del mundo externo.¹

Esta designación apunta a una de las características que creemos fundamentales en estos pacientes y es su percepción de los símbolos universales entre los cuales uno de los más frecuentes es la espiral. La espiral simboliza el régimen universal del yo-ser, no limitado², pudiendo prolongarse indefinidamente. La designación de yo-ser da cuenta también de la no diferenciación entre objetos animados e inanimados. Se halla en continuidad tanto con unos como con otros. Su cuerpo-yo no limitado puede incluir indiferentemente tanto los pechos de la madre como una ventana.

Si el ser es únicamente un pre-sentimiento de presencia, ahora, con la aparición del yo psíquico, ya no es sólo presencia, sensación de existencia, sino presentaciones concretas.

¹ En una misma línea de pensamiento, Gonzalo Varela lo designa yo del ser», estudiando la creatividad en Salvador Dalí (8).

² En comunicación con el semiótico Michel Boulet diferenciamos lo ilimitado de lo limitado, y éste a su vez con límite abierto o cenado. El niño autista posee un límite abierto en sus identificaciones con el cosmos.

Es realmente notable la capacidad que poseen estos niños para percibir los símbolos universales. Así una niña de 8 años³ que en las sesiones solía dibujar espirales, pedía insistentemente a la terapeuta que encendiese un cigarrillo, con el afán de contemplar y agarrar la espiral en las volutas de humo, espiral que era también ella misma⁴.

El niño constituye así verdaderas identificaciones primarias donde no hay diferenciación entre la catexis de objeto y la identificación (Freud, 3) con la particularidad de que no se trata ahora de objetos humanos, sino de objetos de la naturaleza. Proponemos denominarlas identificaciones primarias cósmicas. Se comprende que a falta de un investimento narcisístico materno adecuado que genere identificaciones primarias humanas, constituyendo al yo como polo de atracción del narcisismo, el niño autista realiza identificaciones primarias únicamente con elementos de la naturaleza. Se observan entonces, por ejemplo, movimientos de flameo de sus brazos que semejan en un todo el flameo de las ramas de un árbol mecidas por el viento, (Meltzer, 5) o movimientos de giro sobre sí mismo, o movimientos en círculo⁵ que imitan los movimientos rítmicos de los astros.

Como otra ilustración de estas identificaciones primarias cósmicas voy a transcribir una observación de F. Tustin que me parece reveladora en este sentido. Se trata de un niño autista de 3 años y 7 meses. ¿En su primera visita se mostró inexpresivo. Pasó junto a mí como si yo no existiera. El único movimiento en que obró de otro modo fue en el consultorio cuando empujó mi mano hacia el trompo zumbador que yo hacía girar para él en esto, tuvo mucho afluencia de saliva y se inclinó hacia adelante para mirarlo girar. Al tiempo que lo hacía hizo rotar su pene a través de los pantalones, mientras que la otra mano jugaba en torno de su boca con movimientos circulares de giro. **Esto me indicó que establecía escasa diferenciación entre los movimientos del trompo y los de su propio cuerpo**⁶. Dejaba traslucir una excitación sensible, apasionada.” Su incipiente yo, diríamos nosotros, contemplaba con deleite su vuelta al ser.

Todos los autores que se han ocupado del autismo han enfatizado la importancia de los movimientos rítmicos, que pueden ser ya de objetos o del propio cuerpo del autista,

³ Paciente de Alicia Cattivelli, supervisada por mí.

⁴ La espiral simboliza la extensión, la emanación, es una línea sin fin.

⁵ Paciente de Ana Rumi.

⁶ El subrayado es mío.

o de algunos de sus miembros. Nos parece que estos movimientos de giro remiten en último término a los movimientos rítmicos de la naturaleza, por lo cual constituyen verdaderas identificaciones primarias cósmicas⁷.

De manera que mientras las Identificaciones primarias humanas son la expresión del narcisismo del yo, las identificaciones primarias cósmicas son la expresión del narcisismo del yo-ser.

La instancia originaria del recién nacido es el ser. En ese entonces, el bebé se siente como una parte del universo, es el narcisismo del ello ilimitado. La madre debe interponerse para limitar los vínculos con el universo y establecer los vínculos humanos. De este modo, la madre humaniza al recién nacido. Cuando la madre no cumple esta función, el niño queda ligado al cosmos, no diferenciado de él. Es una partícula del cosmos.

El yo-ser del niño autista es más una realidad natural, cósmica, que una realidad humana, pertenece más al orden de la naturaleza que al orden humano. La transformación de este orden natural en un orden humano sólo puede realizarse mediante un sustituto materno que realice la humanización que la madre no pudo realizar.

Nos vamos a referir ahora a otro aspecto del autismo y es la permanente amenaza de no-ser a la que se halla expuesto.

El cuerpo del niño autista, privado del yo de las identificaciones, es un cuerpo sin centro de gravedad, cuerpo que no suele sostenerse firme, que se bambolea o que camina como desgarrado, o como muñeco desarticulado. Pero no es sólo un cuerpo descentrado, sino que la falta de identificaciones primarias y secundarias, determina que el cuerpo no se cierre sobre sí mismo y adquiera la tercera dimensión, sino que permanece abierto y siempre expuesto, por consiguiente, a diluirse en el vacío, como líquido que se escurriese a través de un recipiente agujereado (Ester Bick). El yo-ser se ha vuelto entonces no-ser.

Metapsicológicamente, diríamos que el frágil y débil investimento narcisista del yo-psíquico y sus presentaciones, expone al yo-ser a la deslibidinización y caída consiguiente en el no-ser con pérdida del sentimiento de existencia.

⁷ Tustin sin mencionar este carácter cósmico de estos niños, y su vinculación con el ser, sin embargo intuye este vínculo cuando los llama “niños atmosféricos”.

Un niño autista de 9 años⁸ raya con un lápiz el papel hasta rasgarlo, y cuando lo vio roto fue presa de una angustia pánica, siendo el papel agujereado su propio cuerpo.

El terror que experimentan los niños autistas es con frecuencia causado por esta amenaza de no-ser⁹. La niña autista a la que hicimos referencia cerraba todo lo que encontraba abierto: puestas, ventanas, cajones, mochila., y exigía de su terapeuta que conservase el broche en su pelo, mientras se quitaba los broches de su propio pelo. Cuando iba al baño a defecar u orinar volvía triste porque su cuerpo abierto había dejado desprender una parte de su propio cuerpo. Por otra parte ¿comía» papel o plasticina, con la intención, como interpretó agudamente Alicia Cattivelli, no de comer, sino de taponear los orificios de su cuerpo abierto.

Esta amenaza de no ser es la consecuencia de no poseer un espacio psíquico propio, autónomo y cerrado, de manera que el yo-ser del autista se compone fundamentalmente de presentaciones¹⁰ que le aseguran la existencia., la presencia pero si estas presentaciones pueden no estar o disfundirse en el espacio, la angustia que sienten es el vacío de ser, el no-ser.

Metapsicológicamente diríamos que el frágil y débil investimento del yo psíquico y sus presentaciones, expone al yo-ser a su desludidización y calda consiguiente en el no-ser.

Nuestra hipótesis es, por consiguiente, que el mundo propio en que viven estos niños, reconocido tanto por sus padres como por los autores que se han ocupado del tema, metapsicológicamente, es el mundo del yo-ser mundo inestable, siempre amenazado de caer en el no-ser.

Fragmentos clínicos¹¹

Patricia de 8 años concurre a un Centro de Enseñanza Primaria para atención de niños psicóticos. Es una niña muy gorda, casi una bolsa, se mueve con dificultad, no habla.

⁸ Tratado por Rosa Zytner, y supervisado por mí.

⁹ Tustin (5) hace referencia a esto mismo cuando escribe: ¿su preocupación primordial es evitar volverse una nada

¹⁰ Es indudable que no están totalmente exentos de representaciones; así, por ejemplo pueden buscar objetos específicos que han dejado en su cajón de juguetes pero éstas son sólo representaciones del yo de las percepciones. El yo de las identificaciones, que constituye las representaciones de sí, carece de representaciones.

¹¹ Material de Alicia Cattivelli.

Trabajo con ella desde hace un año.

Durante un largo tiempo sus intereses se centraron en las distintas aberturas y fundamentalmente cómo cerrarlas: los broches del pelo mi cartera, su mochila, la caja, las cortinas y más que nada la ventana.

Además cada día buscaba los cigarrillos y el encendedor de mi cadera, los trata y me indicaba que fumara. Miraba extasiada el humo. Una vez yo hice como que agarraba el humo y le dije que no se podía porque no tenía cuerpo; a partir de eso además de fumar debía intentar -vanamente cada vez- agarrar el humo. Le dije que ella se sentía humo-espinal sin cuerpo que se pierde en el espacio.

Entonces para mi sorpresa me miró sonriente y me aplaudió.

Yo me preguntaba ¿qué me aplaudía? ¿que hubiera podido describirle una vivencia de sí? o, tal vez que en el acto mismo de “apalabra” de esa vivencia sentía que la ayudaba a constituir “su cuerpo”.

A partir de eso empezó a dibujar espirales que poco a poco se fueron cerrando en un garabato.

Decía que la ventana se convirtió desde el comienzo en el centro de su atención.

Nos parábamos Juntas frente a ella. Debía estar cerrada; un día que estaba abierta yo saqué un brazo fuera y ella expresó un miedo pánico. Señalaba fuera, me miraba e inquiría ¿eh? Yo le contaba lo que veía pero vez a vez sentía que era sobre otra cosa que me interrogaba.

Pensaba en esos momentos: el afuera que señala ¿es ella continuándose infinitamente, perdiéndose como el humo? o ¿es ella esta ventana agujero precipitada a la nada, más allá del vidrio?

Un día creí comprender -y se lo dije- que ella allí sentía un agujero; que ella no me interrogaba sobre los niños o las flores que estaban del otro lado del vidrio sino sobre ese agujero real que era para ella la ventana.

Tomé una hoja., recorté un el centro un rectángulo, pasé un dedo de un lado al otro para mostrarle esto y le dije que talvez así se sentía ella, sin poder, ni tener dónde conservar nada. Tomó el rectángulo que yo había recortado y lo empezó a masticar. Le dije que ahora entendía el sentido que tenía para ella comer plasticina, espuma plast, puntas de lápices; no se trataba de comer nada sino de tapar esa sensación de agujero que la dejaba abierta sin posibilidad de guardar nada dentro.

A la sesión siguiente alguien del personal del Centro me comentó “tu niña está hablando, dice mamá”. Creo que con este “mamá” nos estaba dando cuenta de qué se

trataba -también- ese agujero. Al salir de sesión le comenté al padre de Patricia “parece que empezamos a hablar”

Unos meses después luego de las vacaciones de turismo estábamos jugando a “chocar sillas”; en un momento me miró sonriendo y dijo “está”. Recordé el “cucu-está” al que jugábamos tiempo atrás; su necesidad en ese entonces de golpearme a través de la pañoleta cuando yo me escondía. Pero sentí que esta vez había algo distinto; el “está” era una palabra de ella. Le dije que su “está” no estaba tanto referido a mí presencia de ese momento, sino que era una forma de mostrarme que de alguna manera se las había arreglado para pensar mi ausencia de las vacaciones,

Me besó, me pegó, me manchó las manos con dry-pen y se quedó preocupada mirando las manchas.

A la sesión siguiente dibujaba espirales y garabatos en una hoja mientras miraba una “tortita” de plasticina que había hecho. Entonces tomó una hoja, puso sobre ella la plasticina y me indicó que la contorneara con un lápiz.

Contornear formas en las hojas era algo que frecuentemente me pedía, especialmente me pedía que contorneara su mano y la mía superpuestas.

Cuando terminé de hacer el contorno sacó la plasticina.y comparó la hoja con la hoja agujereada de la sesión que relaté anteriormente. Le dije entonces que lo que quedaba en la hoja y en la cabeza era la marca de una presencia, no ya su agujero. En ese momento cayó su mochila que estaba en una silla y dijo bajito “mamá”. Luego me mostró su bolsillo. Usualmente allí o en el borde de sus pullovers y polleras hacía un torneado que intentaba anudar; yo lo llamaba “el nudo” y le decía que quería hacerse un nudo para no estar tan abierta, para poder conservar cosas dentro.

Esta vez el nudo no estaba en su bolsillo, le dije que tal vez ella sentía que al estar juntas yo era «su nudo» y que ahora ¿el nudo» empezaba a estar en su cabeza.

Entonces me abrazó; metió sus dedos en mi boca y me besó, más bien me chupó las mejillas.

Bibliografía

- 1) FREUD, S. *Más allá del principio del placer*. T. XX, Amorrortu Edlt.
- 2) FREUD, S. *El malestar en la cultura*. T. XXI, Amorrortu Edil.
- 3) FREUD, S. *El yo y el ello*. T. XXIII, Amorrortu Edit.
- 4) GRODDECK *El libro del Ello*. Sudamericana. Bs. Aires.
- 5) MELTZER, Donald. *Exploración del autismo*. Paidós, Bs. Aires.
- 6) TUSTIN, E. *Barreras autistas en pacientes neuróticos*. Amorrortu Edit.

7) TUSTIN, E. *Les états autistiques chez l'enfant*. Edit. Du Seuil.

8) VARELA, Gonzalo. *Acera del ser; el genio y la creatividad (una perspectiva psicoanalítica)*. En "El ser en psicoanálisis" de Héctor Garbarino.